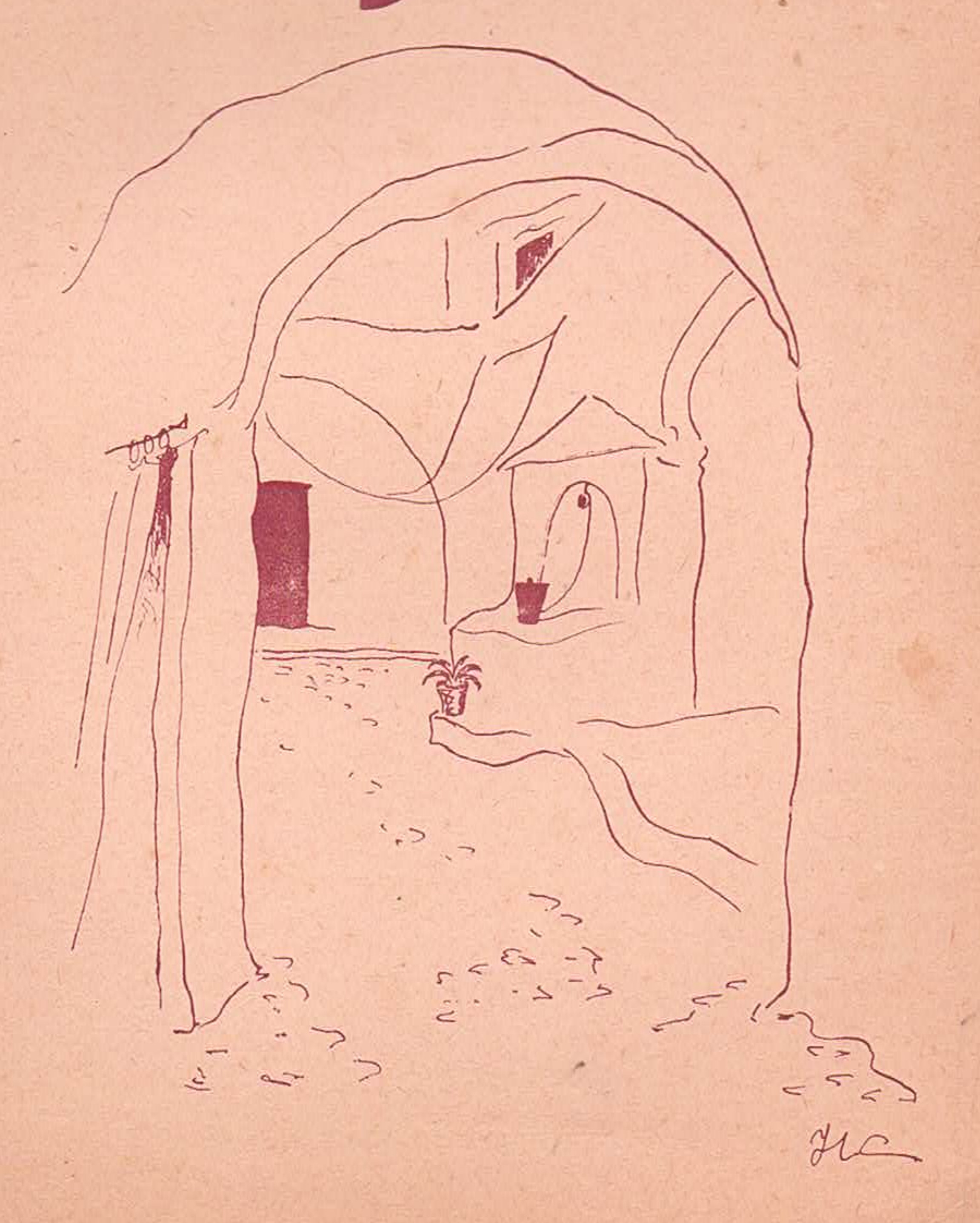
ALJIBE



ALJIBE

REVISTA DE SEVILLA

ADMINISTRACIÓN Y CORRESPONDENCIA

ALVAREZ QUINTERO, 57 D.

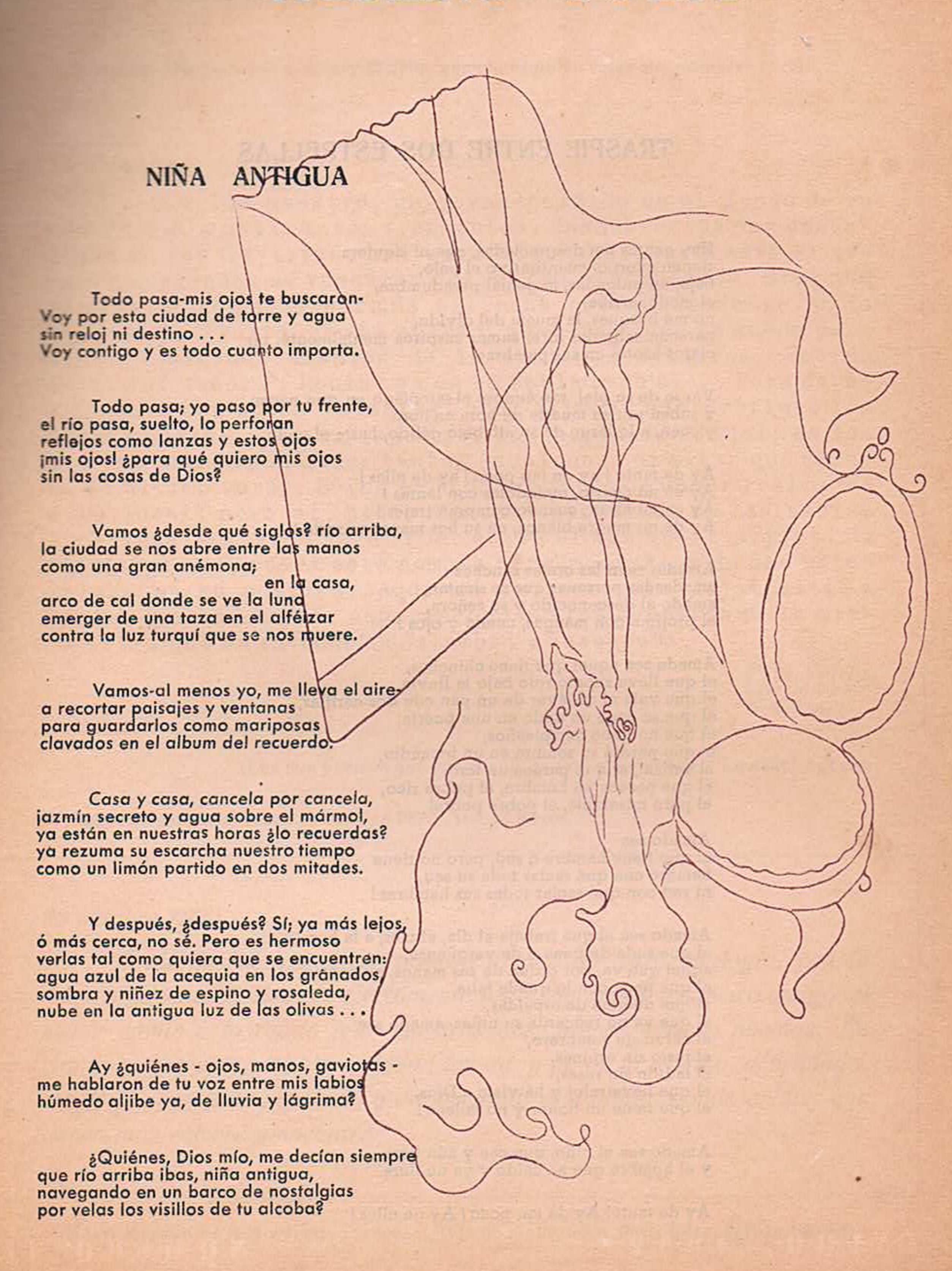
COMPONEN "ALJIBE":

BERNARDO VÍCTOR CARANDE
JUAN COLLANTES DE TERÁN
AQUILINO DUQUE GIMENO
ANTONIO GALA VELASCO
ANGEL MEDINA DE LEMUS

ENERO, 1952 NÚMERO III

AQUILINO DUQUE

NIÑA ANTIGUA



Todo pasa-mis ojos te buscaron-
Voy por esta ciudad de torre y agua
sin reloj ni destino . . .
Voy contigo y es todo cuanto importa.

Todo pasa; yo paso por tu frente,
el río pasa, suelto, lo perforan
reflejos como lanzas y estos ojos
¡mis ojos! ¿para qué quiero mis ojos
sin las cosas de Dios?

Vamos ¿desde qué siglos? río arriba,
la ciudad se nos abre entre las manos
como una gran anémona;
en la casa,
arco de cal donde se ve la luna
emerger de una taza en el alféizar
contra la luz turquí que se nos muere.

Vamos-al menos yo, me lleva el aire-
a recortar paisajes y ventanas
para guardarlos como mariposas
clavados en el album del recuerdo.

Casa y casa, cancela por cancela,
jazmín secreto y agua sobre el mármol,
ya están en nuestras horas ¿lo recuerdas?
ya rezuma su escarcha nuestro tiempo
como un limón partido en dos mitades.

Y después, ¿después? Sí; ya más lejos,
ó más cerca, no sé. Pero es hermoso
verlas tal como quiera que se encuentren:
agua azul de la acequia en los granados,
sombra y niñez de espino y rosaleda,
nube en la antigua luz de las olivas . . .

Ay ¿quiénes - ojos, manos, gaviotas -
me hablaron de tu voz entre mis labios
húmedo aljibe ya, de lluvia y lágrima?

¿Quiénes, Dios mío, me decían siempre
que río arriba ibas, niña antigua,
navegando en un barco de nostalgias
por velas los visillos de tu alcoba?

CESAR VALLEJO

TRASPIE ENTRE DOS ESTRELLAS

Hay gentes tan desgraciadas, que ni siquiera
tienen cuerpo; cuantitativo el pelo,
baja, en pulgadas, la genial pesadumbre;
el modo, arriba;
no me busques, la muela del olvido,
parecen salir del aire, sumar suspiros mentalmente, oír
claros azotes en sus palabras.

Vanse de su piel, rascándose el sarcófago en que nacen
y suben por su muerte de hora en hora
y caen, a lo largo de su alfabeto gélido, hasta el suelo.

Ay de tanto ! ay de tan poco ! ay de ellas !
Ay en mi cuarto, oyéndolas con lentes !
Ay en mi tórax, cuando compran trajes !
Ay de mi mugre blanca, en su hez mancomunada !

Amadas sean las orejas sánchez
amadas las personas que se sientan,
amado el desconocido y su señora,
el prójimo con mangas, cuello y ojos !

Amado sea aquel que tiene chinches,
el que lleva zapato roto bajo la lluvia,
el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas,
el que se coge un dedo en una puerta,
el que no tiene cumpleaños,
el que perdió su sombra en un incendio,
el animal, el que parece un loro,
el que parece un hombre, el pobre rico,
el puro miserable, el pobre pobre!

Amado sea
el que tiene hambre ó sed, pero no tiene
hambre con qué saciar toda su sed,
ni sed con qué saciar todas sus hambres !

Amado sea el que trabaja al día, al mes, a la hora,
el que suda de pena ó de vergüenza,
aquel que va, por orden de sus manos, al cinema,
el que paga con lo que le falta,
el que duerme de espaldas,
el que ya no recuerda su niñez; amado sea
el calvo sin sombrero,
el justo sin espinas,
el ladrón sin rosas,
el que lleva reloj y ha visto a Dios,
el que tiene un honor y no fallece !

Amado sea el niño, que cae y aún llora
y el hombre que ha caído y ya no llora.

Ay de tanto! Ay de tan poco ! Ay de ellos !

VALÉRY Y MALLARMÉ

Tienen, Mallarmé 48 y Valéry 19 años, cuando cambian éstas sus primeras cartas.

24 Octubre, 1890

Querido maestro, un joven perdido en el fondo de su provincia, a quién raros fragmentos, descubiertos por casualidad en las revistas, han permitido adivinar y amar el secreto esplendor de vuestras obras; osa presentarse. Cree que el arte, solo puede ser una estrecha ciudad donde reina la belleza solitaria. Desea unirse, juntarse, con su sueño personal, a algunos amantes de la castidad estética. Uno de ellos, el señor P. Louis, ya os ha hablado de él... Para darse a conocer con pocas palabras, debe afirmar que prefiere los poemas cortos, concentrados por una explosión final, en los que los ritmos son otros tantos escalones del altar que corona el último verso. Lejos está de alabarse de haber realizado éste ideal; pero sí, profundamente penetrado de las sabias doctrinas del gran E. A. Poe, acaso el más sutil artista de este siglo. Bastará este nombre para mostraros de qué naturaleza es su poética. Aquí se detiene para dejar sitio a versos que os somete, esperando consejos escritos de la misma letra que en *Hérodiade* deslumbra y desespera.

Paul Valéry,
5 rue Urbano V.
Montpellier.

(Los dos poemas que envía, son: El joven Sacerdote y La suave agonía)

S. Mallarmé contesta, desde su casa en París, rue de Rome.

28 octubre 1890

Mi querido poeta, ya poseéis el don de sutil analogía, con la música adecuada. Esto es ciertamente todo. Se lo dije a nuestro amigo, el señor Lonis y lo repito ante vuestros dos, breves y ricos poemas. En cuanto a consejos, sólo la soledad los da, y yo os la envídio, acordándome de las horas de provincia y de juventud, allá abajo, donde estáis, que nunca más volveré a encontrar....

(Henri Mondor, de la Academia Francesa, "Vie de Mallarmé", París 1941, páginas 582-583)

JOSEFINA DE LA TORRE

SERENIDAD

A lo largo de mis años estériles,
hijo,
¡cuanto he pensado en ti!

He apretado la frente de sueños
y he estrujado el pobre desconsuelo
de tu cuerpo pequeño,
tus primeras sonrisas
tu primera palabra.

He pensado, hijo mio,
que serias la razón de mi vida,
mi compañero,
el íntimo secreto de mi lucha,
el regalo para mi soledad
y también mi inquietud

Cuando he visto
otras madres que guardan su silencio
sobre pequeñas frentes,
he comprendido el torpe desamparo
de mi mano vacia,
y estas lágrimas duras
que todavia me hieren,
me han arañado interiormente,
y he pensando: "¡se van!".
Y he sentido el terror de los años que pasan
sin haberte encontrado,
sin conocer tu voz
ni sentir tu mirada . . .

Pero hijo mio,
hoy te pido perdón por esta paz que es mia.
Tú, por quien he soñado,
sabes mejor que nadie de esta anchura del mundo.
Y a ella me he asomado.

Hoy no te ansio, hijo, materia, cuerpo, sangre.
¡Luchar por ti, atenazar la vida,
gritar de amor por tu alegría,
ver florecer tu rama,
vivir en ti de nuevo!
y, de pronto,
cuando el arbol te cobija los sueños . . .
¡No!

Mejor ha sido asi. Hoy tu desvelo
ya dejó de inquietarme.

Ocurrió en el instante
en que todo eran flores en mis manos,
la tarde parecía transparente . . .
En el aire habia cruces enlazadas
y del cielo
descendía un aroma a rosas muertas . . .

ANGEL MEDINA

PROMETIDA

"A oscuras y segura"
San Juan de la Cruz

El tiempo es afluencia hacia tu nombre,
signo alzado que goza del espacio,
palabra a la deriva de las rosas
seguras del destino de su cauce.

Yo no tengo más cauce que tu nombre,
la verdad que se oculta en la espesura
de mis sueños en vilo, y es bastante
para reconocerte a mi fracaso

de querer penetrar la primavera.
Yo voy en desventaja con los días,
pero te encuentro en la llovida luna

sobre el pleno jardín íntimo. Creo
que se me ofrece tu figura entonces,
detrás del signo de tu nombre en aire.

JULIO MARISCAL MONTES

HOMBRES

Un hombre sube por la tarde. Todavía
el cuerpo le hace sombra, lo sostiene;
puede morder la hierba con rocío,
escuchar las lagunas del silencio,
o sentarse a la orilla de las cosas
y sentirse el mañana por la sangre.
Y él vá así, con la boca bien abierta
al campo de la vida. Con los ojos,
puros como el aliento de un recien nacido,
ignorándolo todo.
Porque lo ignora todo; hasta que el paso suyo,
un leve movimiento, una gotita
de tiempo despreciable,
lo vá empujando hacia la muerte.

Mirémoslo pasar: sonríe, canta,
le pican las avispas del deseo;
y no sabe que ya se vá volviendo
arcilla; que en los pómulos
le amarillea el hueso descarnado,
y que los brazos, fuertes para el amor, con cada luna
se le ván deshojando fatalmente.
¡Que es más ceniza yá que hombre que pasa!

Y vienen otros hombres, se miran, se sonríen;
se quitan el sombrero, y sube Mayo al labio
para volcarlo en la mujer que pasa,
o buscan trampolín en la impaciencia
con que saltar el tiempo hasta la cita.
Unos y otros ván y vienen, suben,
subastan al reloj sus ilusiones,
se adornan para un trágico minuetto
de flores contrahechas y las cintas
con purpurina y lágrimas de arrope. . .

Yo os aseguro que es terrible
en estas horas lentas del crepúsculo
encontrar tanta vida y tanta muerte
emboscada en la rosa, en la palabra,
en la brisa dulcísima del chopo. . .

JULIO AUMENTE

SONETO A SAN JUAN EVANGELISTA

El cuajado coral, carmín sangriento,
El dulce labio del suspiro llave,
Amoroso remero en real nave
Delicia bebe en ella y su alimento.

Nave divina que cediendo al viento
Por voluntad del Timonel suave
Corre a la muerte sobre la onda grave
Desplegando su regio paramento.

¡Mancebo terrenal, gala sombría.!
Flor de granada y nardo, su hermosura
A tu trasunto rinden celestiales.

En la violenta palidez del día,
La Sierpe quiebra su corona obscura
Agonal paraíso a los mortales.

BERNARDO VICTOR CARANDE

TROZO DE JUEVES

. . . Después de comer, casi solos los dos: él y su madre, y tomando almendras de postre, llamó por teléfono. Había necesidad de pedir una central y luego comunicar a la telefonista el número exacto, que era muy chico. Oyó hablar a ella. Ella se llamaba igual que su madre, hablaba rápida, y decía: no, no, no; y él: sí, sí, sí. Y parecía que su labio se aferraba nervioso al teléfono, procurando que la voz oída no se escapase y quedase para siempre con él. Y se decidieron: la iría a buscar. Quedóse luego sobre el sillón amplio leyendo un almanaque para niños que le había regalado el hombre del puesto de periódicos, pero sólo recordando ella. Una hora después, o más - se había vestido lentamente y a cada momento mirándose en el espejo del armario materno - salió a la calle y lloviznaba. Llevaba su gabardina planchada y corrió un poco, tomó un taxi; y éste se dirigió por una carretera muy embarrada. Unicamente les cruzó un coche. A la derecha un torreón húmedo estaba rodeado de alambres para tender la ropa y pinzas. Al entrar en la calle buscaron una casa verde; ¿sería aquella? pararon. No, no era. Siguieron adelante y ante el número cierto, ante la casa de ella, había un puesto de caramelos y cigarrillos, y preguntó él y lo supo

ya, que allá, en aquel portón estaban las baldosas que ella pisaba todos los días y los hierros de la verja, a los que a lo mejor ella, algún día, excitada, con prisa, se agarró tirando de la campanilla. Al acercarse el taxi, para decir que esperase un momento, se enneblinó la nube mucho. Ya llovía más. Se mojó más luego, cuando despidió al taxi, que ya no hacía falta, sin la gabardina que había dejado en su sillón, dentro. Pero antes había llamado a la cancela y le abrieron; y había reconocido el patio, como si fuese el de su amigo. Pasó a una sala, con un estante de libros y cristalera, en donde sobre un sillón dejó la gabardina, y deseó ver algún retrato de familia de aquellos antiguos, como los que conocía del campo, y no había ninguno. Entró ella, diciendo que porqué había venido: le parecía una tontería, y estaba vestida de verde o azul verdoso y sin pintar, con unos ojos azules grandes. El le enseñó el reloj de su abuelo y ella le trajo una caja de cerillas para encender los cigarrillos de la pitillera, que a él habían regalado. Se sentaron minutos en dos sillones oscuros, y antes de que la voz se apagase, decidieron ya irse. Volvió a ponerse la gabardina y conoció a la profesora de los hermanos de ella; y ella, al salir, iba delante, y él cogió su paraguas pequeño para procurar no se mojara. La acera ascendió de nivel, de pronto, y ella quedóse arriba, sobre una alcantarilla, y él abajo. Sonrieron. Llovía menos. Tomaron un tranvía, el de la seis, e iba lleno de gente y pasando un puente discutieron, si el río si pasaba o no pasaba por allá debajo. Hablaron de una amiga, que poco se conocían, y recordó él a Gil Blás de Santillana, y ella a un poeta tríste, conocido. El cobrador les vino a dar billetes y él mirándola a los ojos, le preguntó, cuanto costaba el viaje. . .

JUAN COLLANTES DE TERAN

LA VOZ DE LA NIÑA

(Balada de Enero)

Este cielo parcial,
puerto para tu mano anclada
por donde van y vienen mis pensamientos.

¿Qué guardo de tí?
La huella de tres noches abandonadas,
y corte de amor, amor, la plaza.

Tres anuncios de sombra
anunciaron tu llegada.

Si el viento tuviera voz . . .

En la niñez de los árboles
desnudos me esperan abiertas
todas las madrugadas;
yo iré por el camino más corto
que van trenzando mis palabras.

Enero, le guardo como un
niño en las ojivas de mis manos
arrebatadas,
con tres noches en las estrellas,
con tres anuncios de sombra,
que ya no anuncian tu llegada.

Si el viento tuviera voz . . .

FERNANDO QUIÑONES

RAFAEL ALBERTI

En los finos cristales de cualquier alba crema
volverás, caballero de un viento conmovido,
con todo el peso enorme de tus ojos del fondo
y dos verdes maletas de versos y pescados.

Tal vez, indiano rubio, no te conozca nadie.
No habrá un aire de espera ni un mirar a lo lejos,
pero el collar del agua se rizará de golpe
mientras altos veleros restallan sus amarras.

José Luis, en la huerta, por los filos del sueño,
sentirá en las pestañas un alerta ignorado
y las dormidas páginas de tus primeros libros
volarán, para verte, de las estanterías.

¡Ay de tu vuelta a sorbos nostalgiando las playas
con el contorno madre de tu presencia antigua!
¡Y qué temblor de nieve, qué gozo derramado
por las costas en vilo de Cádiz a Sanlúcar!

Tu corazón cansado sembrará de resoles
las campanas del día, las riberas, las algas.
Serán contigo - ¡entonces! - la torre y la marea.
Habrá en tu pecho al aire un titilar de siglos.

Y al oro de la tarde, cuando el sol dore el río,
brisas recién venidas que no sabrán tu nombre
te encontrarán llorando por las calles del Puerto,
o tendido de bruces sobre cualquier salina.

JOAQUIN ALBALATE

POEMA NUESTRO

¿Te acuerdas?

Fué a principios de curso en la ciudad,
la Universidad me estaba grande.

Estrechamos las manos
en el hall de aquella Residencia.
Supieron las palabras a amistad recién nueva
y hablábamos
de mi poema niño, de ayer y de mañana,
Derecho casi virgen y hasta metafísica.

Nos volvimos a ver al otro día,
y en el de más allá,
matinalmente
entre las clases de aquel catedrático tan puntual,
y la asignatura marchitada de apuntes,
con una broma para colorear
horas sin nombre de los entrecursos.

A veces comentábamos más serios
de lo que no se tienen palabras suficientes,
o nos quedábamos mirando el paisaje
hermosamente urbano
del cielo sobre árbol de la avenida,
hasta que un automóvil desconsideradamente
nos devolvía
con bocina al río de la acera.

En la esquina de vientos
tratábamos de encender un cigarrillo,
para terminar de hacerlo en cualquier puerta
escondida a los nortes de las bocacalles.

Y otras; por las tardes muy nuestras
como cuando fuimos a tu casa
para proyectar la revista que hoy se llama
con el poema de todos,
quizás el que leimos con sorbos de café
y un pintar tu aire con nuestros cigarrillos mal liados;
o en esperar ese tranvía tuyo
que nació con retraso y los estribos para
diéz personas.

Después ellos se fueron al cine
y nosotros a darnos a los libros.

Trás el jardín,
una paz amorosa de penumbra,
y en su aroma tibio del incienso
quemadamente antiguo, vida interior.

Por la noche
en el bar, riendo la calle del paseo
con presagio a mujer en los perfumes,
y aquello tuyo de antibióticos,
y mucho de cerveza con calamares,
para irnos después
hasta el parque de mármol en nocturno,
a amar álamos que morían
un poco, cada tarde de niebla,
junto al río, soñándonos sus aguas
bajo el puente de hierro.

Y así un día,
y otro . . .
por las aulas diarias,
las conferencias trascendentes a las ocho,
los conciertos en teatro elegante,
como un invernadero para desempolvar la primaveras,
los tiempos de Chopín,
los recitales en el Club
con un sabor a America en sus muros de corcho
y cuadros de marinas frente a la chimenea
por donde pasaron Aleixandre y Guillén
con los versos de todos.

Y las misas retrasadas de domingos
y el tomar el sol de aperitivo
por la amiga calle pretenciosa de ocias,
o soñar realidades por la tarde en el cine
de los amigos,
con una cinta partida de descansos
para esperar que mire aquella muchacha
de los ojos como dos noches,
y suba el corazón a la garganta.

Así hasta la primavera en vilo de exámenes.

Luego alborotos los patios,
y sonreir a todos los bedeles de uniforme,
y un ¡Adios!
con alegría abierta hacia el verano
y un dejarnos un poco de nosotros hasta Octubre.

Sí, fué un año, como este de ahora,
fuera siguió habiendo soviéticos y yankis
--bloque occidental y telón de acero—
y todas esas cosas, para que señores obesos
puedan perder su vida en los casinos,
más para nosotros no pasó nada allá
de nuestros ámbitos,
pero aprendimos a mejor olvidarnos en los otros
y aunque no hubo éxito rotundo ni fracaso final,
yo sé que has de acordarte de estos días
porque fueron todos de realidad
de vida profunda nuestra, nuestra.

ANTONIO GALA VELASCO

POEMA DEL ULTRAJE AL CUERPO

A Bernardo Víctor Carande

Estoy harto de mi ramaje calcinado,
del paciente sustentador de frondas inútiles.
Estoy harto de saberme de memoria
este cuerpo terriblemente mío.

En los tremedales de mis costados
se petrificaron los ayes de un estanque herido
y mis dientes están siempre dispuestos
a descargar la miserable tolva.

Estoy harto de mí. De mis dos manos
que sólo saben tenderse en un gesto de cuenco.
De mi nariz, condenada a estar vacía
como un recipiente invertido.
De mi boca, que podría ser llama,
que podría ser pétalo,
que podría ser sangre, si quisiera.

Estoy harto de la acucia de mis dedos
que anhelan deslizarse únicamente
y que se turban cuando es necesario
apretar, agarrarse, ser raíces.

Estoy harto de mis brillantes uñas
que no hacen otra cosa
sino calmar la desazón de los insectos,
y de las yemas de mis dedos
devolviendo caricias a caricias.

Oh ya no puedo soportar a mis ojos,
que sólo sirven para que en ellos
se reflejen las cosas.

Oh ya no puedo soportar a mis oídos,
agazapados y en acecho, como valvas atentas:
a mis oídos emboscados,
que sólo interrumpen el camino
de las palabras sabias y repletas.

Estoy harto de mis rodillas,
que son como un fósil de naranjas amargas,
y quisiera ser así como el árbol: crecido
sin dobleces ni pliegues,
alzado crudamente y valeroso.

Estoy harto de mis piernas gemelas,
que para avanzar han de estar en discordia
y de las almendras cobijadas de mis tobillos
y de las callosas plantas de mis pies
que se aterran del suelo y se le esconden.

Estoy harto de mis cabellos,
que hay que cortar y nunca se renuevan.
Estoy harto de mi frente dormida,
la auriga, la arquera, la dulce atirantadora de mis cejas,
y de mis cejas, que descuidan cumplir
su menester de hermano lego.

Estoy harto del pedúnculo de mi cuello,
hecho para ser dividido por el dalle
de una siega gigante y olvidada.
Y de mis hombros esclavos, que soportan
la inmensidad ciega del aire.
Y de mis brazos, que ni aún tienen la fuerza
de las soberbias grúas acodadas.

Las resistentes caderas
que me permiten caminar erguido
no saben más que soltar los deseos,
como a la liga en el arroyo los pajarillos alocados.

Ya estoy harto de mi carne y de mis huesos,
Ya estoy harto de mí, de mi figura,
de mi apretada y trágica figura.
Ay quién me diera un poco de descanso.
Quién me diera el descanso de no verme.

ALBERTO DE LA HERA

VENTANAL

Cuando uno de vosotros me mire desde cerca,
que me hable del arroyo de fuego de mi vida;
cuando uno de vosotros se pare a contemplarme,
que siga la llamada de mi senda, hasta el límite.
El cauce va tan seco que se pudren las flores
crispadas en un gesto de color sin futuro;
los tallos que se vuelven de espaldas al arroyo,
valen más que la muerte que nunca les espera.
Y yo, con mi destrozo, transfiguro mi carne
haciéndola un espejo, un aire, casi un agua,
Y hay un alma más nueva, allí dentro, y más libre,
que salta y que triunfa contra todos los árboles.

La flor sigue más blanca. Lo sabes tú y lo quieres.
Vámonos a tu cuerpo.
Allí, sin que lo sepan los hombres que no aman,
entregaré mis labios y Tú serás mi olvido.
Y cuando me despojen seré más invencible.
Seguid vosotros siempre bebiendo en ese arroyo,
cada noche más seco, cáda sol más cristal.
Y cuando busquen oro detrás de mi cadáver
se habrá glorificado toda mi sangre en oro.
Y querrán preguntarme tu secreto, y mi sangre
desbordará una estela de reflejos dorados.
Yo sabré más entonces, avanzaré más rápido,
inundaré la tierra sencilla en mis mareas,
pondré junto a mi vida la luz de aquel espejo,
de aquel mar, de aquel día, de aquel amor de niño.

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

AQUILINO DUQUE, CÉSAR VALLEJO, PAUL VALÉRY, STÉPHANE MALLARMÉ, JOSEFINA de la TORRE, ANGEL MEDINA, JULIO MARISCAL MONTES, JULIO AUMENTE, BERNARDO VÍCTOR CARANDE, JUAN COLLANTES DE TERÁN, FERNANDO QUIÑONES, JOAQUÍN ALBALATE, ANTONIO GALA VELASCO, ALBERTO de la HERA.

ILUSTRAN:

HIGINIO CAPOTE, SANTIAGO DEL CAMPO

FLORES-SEVILLA